



La Asunción de María

Con nuestra Madre celebramos lo que nos espera

H. Francisco Javier Sáez de Maturana

¿QUÉ CONFESAMOS AL PROCLAMAR LA ASUNCIÓN DE MARÍA?

La fiesta de la Asunción de María no es solo una fecha en el calendario litúrgico, no es solo la fiesta patronal de pueblos y ciudades, tampoco es solo el cumpleaños de infinidad de mujeres. Es mucho más. Es como decir: Hermano, hermana, tienes, desde ahora, una **ventana abierta al cielo...** Lo que le sucedió a María es lo que te espera.

Al contemplar a María, elevada en cuerpo y alma a la gloria de Dios, el corazón se llena de **consuelo y esperanza**, y más en estos tiempos en los que celebramos el Jubileo de la Esperanza, al que nos convocó el recordado y querido Papa Francisco.

María nos recuerda -a pesar del poder de los señores de la muerte, que suscitan en nosotros desesperanzas- que el **Amor es más fuerte que la muerte** y que, al final, el Amor siempre vence.

UN DOGMA NACIDO EN EL CORAZÓN DEL PUEBLO

La Asunción de María, como verdad de fe católica, fue definida en un dogma, proclamado el 1 de noviembre de 1950,

por Pío XII. Este dogma fue proclamado como punto de llegada de una fe vivida en el mismo corazón del pueblo de Dios. Es decir, **fue fruto de una fe sentida por los fieles**, que llegó a formularse como dogma porque se reconoció que esa fe popular estaba en total sintonía con la revelación divina. Hubo, previamente, un camino largo de discernimiento y escucha de opiniones y reflexiones diversas sobre el tema en cuestión.

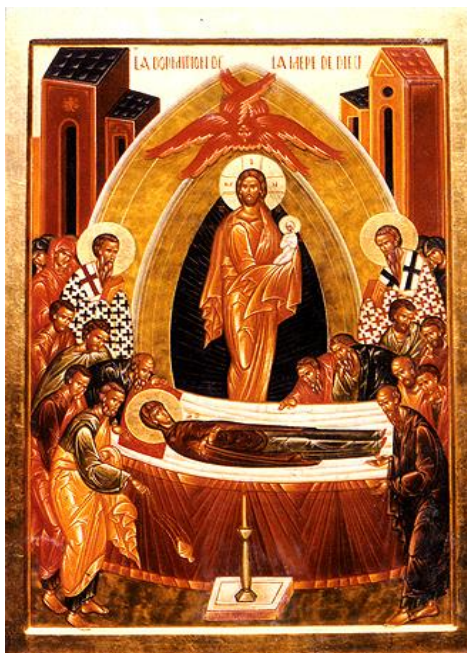
¿Qué significa esto? Significa, entre otras cosas, **que la verdad no se impone, sino que está presente en la comunidad**, que surge del común de los fieles. Por eso escuchar al Pueblo de Dios es una exigencia eclesial y habría que prestarle más atención porque, en efecto, **Dios se revela en la comunidad**. ¿No ha dicho Jesús que dónde dos o tres se reúnen en su nombre él está en medio de ellos (Mt 18,20)? El escuchar, el ver, el partir de la vida, tiene que ser irrenunciable en el caminar de nuestra Iglesia.

MARÍA MURIÓ, PERO...

En la formulación del dogma, el Papa Pío XII, utilizando una antropología común, definió que la Madre de Dios, "terminado el curso de su vida terrenal,

fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celeste”.

El dogma evita hablar de la muerte de María. Por ese motivo, algunos han podido afirmar que no murió, sino que fue arrebatada directamente a la Gloria del Cristo, como 1 Tes 4,17 supone para los justos de la última generación, es decir, de la de san Pablo. Pero ése es un tema secundario, aunque en otro tiempo haya sido muy discutido.



María, como todo ser humano, como su hijo Jesús, también murió. Sí, María murió y la enterraron, como Jesús murió y lo enterraron. No sabemos cuánto sobrevivió a su hijo. No sabemos ni cómo ni dónde vivió después de Jesús. Alguna tradición sitúa los últimos años de María en Éfeso. Otra tradición habla piadosamente de la dormición -más que de la muerte- de María en Jerusalén.

Está claro que **su vida terrenal terminó con la muerte**. El dogma así lo reconoce, sin decirlo. El dogma no habla de un cuerpo llevado por los aires, por ángeles “aviadores”, a un paraíso en lo alto de las nubes, o sea, al cielo. La formulación de fe está queriendo decir que pasó por la muerte y fue absorbida - asumida por

el Espíritu, el Padre y su Hijo en el seno de la Vida.

Lo que impulsó al pueblo cristiano a acoger y pedir este dogma no fue un mero interés teológico. El pueblo sencillo no tiene tiempo para elucubraciones ni teológicas ni de ningún tipo. Lo que le llevó fue algo más entrañable: **la certeza profunda de que una vida tan llena de Dios como la de María no podía ser vencida por la muerte.**

En la tradición cristiana, se hablaba de la “dormición” -como es sabido- de María, para expresar que no pasó por la muerte como ruptura, sino como un sereno tránsito a la vida plena.

María, con su fidelidad humilde y total, nos enseña que la plenitud no está en las grandezas humanas, sino en vivir abiertos a Dios. Y su Asunción es la prueba de que el destino de los que confían en él es la vida eterna en su presencia.

LA MUERTE NO ES BARRERA

Ni para María, ni para el cristiano, la muerte es una barrera. **La muerte es, más bien, una puerta, un puente a la gloria de Dios, a la salvación.** Y en ella entramos con toda nuestra realidad, con todas nuestras dimensiones, en cuerpo y alma. En ella entro en mi propia realidad personal; en cuerpo y alma.

Que quede claro: ¡en cuerpo y alma! Es decir, no es la parte “espiritual” de María la que goza de la eternidad, y su cuerpo vuelve al polvo, sino toda su humanidad, todo lo que fue en esta tierra, toda ella, íntegramente. ¡Cuidado con valorar solo lo espiritual en detrimento de lo corporal!

Si faltase el cuerpo o el alma, la salvación no sería completa. La salvación, la gloria celeste -para emplear el lenguaje de Pío XII- tiene que ser un

proyecto de felicidad completa, permanente, en el que todas las dimensiones de la persona queden saciadas.

San Pablo no habla de cuerpo y alma, sino de cuerpo, alma y espíritu. Mejor dicho, de cuerpo animado corruptible y mortal, que alberga un espíritu-semilla de inmortalidad, destinada a transformarse, al pasar por el trance de la muerte, en cuerpo glorioso o cuerpo espiritual.

Al morir, el cuerpo animado corruptible y mortal -corazón que deja de latir y cerebro que cesa su actividad mental-, y el espíritu-semilla de inmortalidad -es decir, el yo-en-el-Espíritu Santo- es asumido, transformado hacia la vida eterna en el seno de la vida divina.

Como María, nos hemos de salvar integralmente. La vida futura que esperamos no es de nuestra alma solo sino de todo lo que somos, sentimos, vivimos, deseamos, amamos.

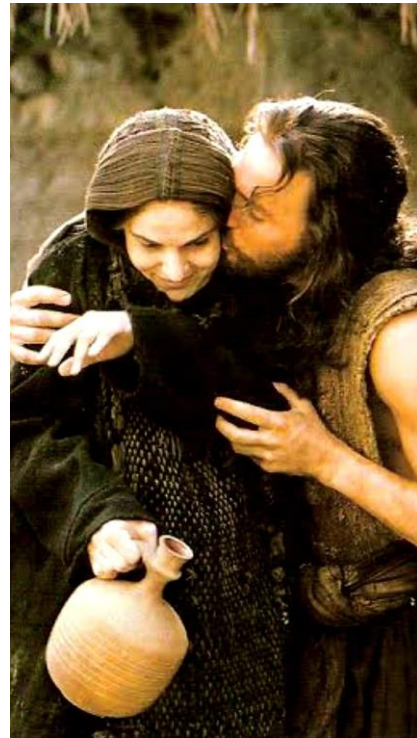
La fiesta de la Asunción, es, de alguna manera, reivindicación de lo humano y un compromiso por vivir la vida cristiana en todas las dimensiones de nuestra realidad personal.

LA SALVACIÓN NO EXCLUYE

La salvación, pues, no separa ni excluye nada de lo humano. ¿Incluye también el cuerpo? Por supuesto que sí, pero cuando digo "cuerpo" en el dogma de la Asunción, no me estoy refiriendo a lo físico como lo entendemos normalmente. Si incluyera lo físico supondría que más allá hay un lugar físico llamado Cielo, y creo que esto es una herejía.

Al afirmar que María murió realmente se está yendo en contra de un espiritualismo que divide al hombre, diciendo que en la muerte "el cuerpo vuelve al polvo y el alma vuela al cielo".

María es carne, es decir, una vida histórica concreta, que ha nacido por gracia -Inmaculada- y que gratuitamente culmina su existencia, en manos de Dios, con Jesús. Eso de que el alma de los justos sube al cielo tras la muerte, pero que el cuerpo tiene que esperar hasta el momento de la resurrección final, es una tendencia muy generalizada, pero tiene poco de cristiana.



La salvación alcanza corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, pero también integra las dimensiones sociales de la persona. El ser humano es un ser en relación. Por el alma, el ser humano entra en diálogo/relación con Dios. Así podemos decir que el ser humano tiene un algo, esto es, un "alma" que lo hace distinto del resto de las criaturas. Sin esta relación falta algo esencial. Dice san Agustín: "Nos hiciste, Señor, para ti; y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" (Confesiones, I, 1).

Y, al mismo tiempo, es un ser en relación con los demás. Sin esta relación con los demás, no estamos completos. ¿Es aquí donde entra el tema del cuerpo? Así es. En el aspecto relacional del ser humano

con los demás cobra el cuerpo toda su importancia.

¿Por qué? Porque es la corporalidad la que posibilita la relación con los otros y con el mundo. Este aspecto relacional, esencial a la persona, lo realizó María y lo realizaremos nosotros en el cielo de forma nueva, no ya en las coordenadas espacio temporales, como ahora, sino de acuerdo con la situación de personas que han alcanzado ya la meta y viven para siempre con Dios. Nuestra corporalidad estará totalmente modulada por el Espíritu Santo. Ya no será posible el aparentar, el disimular o el pretender engañar -en esta vida nuestro rostro puede aparentar, disimular o mentir-. Nada de eso será posible. Todo será limpio y transparente en nosotros, y es bueno que nos vayamos entrenando desde ahora.



¿Cómo podemos entrenarnos? Pues, con motivo de la celebración de la fiesta de la Asunción, podríamos desarrollar una sana dimensión relacional precisamente intentando relacionarnos como María, ayudando a quienes nos necesitan, como ella hizo con Isabel; cuidando a los que tenemos cerca, como ella hizo con José y Jesús, y solidarizándonos con los crucificados de

la tierra, poniéndonos a los pies de tantos crucificados, incluso acogiendo sus cuerpos maltrechos... ¡Y no crucificar!

Es bueno que nos entrenemos, pues al llegar a la meta, se nos recordará solo el bien silencioso que hicimos y encontraremos todos los bienes de nuestro esfuerzo. Estos bienes, ya envueltos en gloria y transfigurados se integrarán en la vida salvada. ¿No vale la pena vivir haciendo el bien?

LA ASUNCIÓN DE MARÍA APUNTA A LA FELICIDAD PLENA Y COMPLETA

María ha llegado, y ha sido recreada y transformada tras morir del todo, para renacer a la vida que no muere. Y nosotros estamos en camino, conviviendo con lo injusto. Pero pensar en la meta y en lo que ha acontecido en **María, puede motivarnos** positivamente en los sinsabores y golpes de la vida, y también un estímulo para centrarnos en lo importante -como ella- y no andarnos en cosas que no nos dejan, al final, más que vacío... y, encima, les echamos la culpa a otros.

Mirar a María, gozando de la Vida, después de un camino no exento de dificultades y dolores, **nos invita a no dejarnos desanimar por lo pasajero.**

Aunque la Iglesia proclamó de manera solemne este misterio como dogma, los cristianos lo han celebrado desde muy antiguo. Este misterio siempre ha estado presente en la memoria y en la fe de los cristianos: María terminó sus días con su hijo, Jesucristo, en la casa del Padre, en el cielo. Celebramos desde antiguo este misterio porque en María vemos **cumplida la promesa de Dios** para todos sus hijos: un día, en su presencia, nada de lo que somos se perderá. No hablamos de un "cielo" como un lugar físico; hablamos de **Dios mismo, que es nuestro hogar definitivo.** Allí, todo lo

que hemos amado de verdad nos acompañará, de una forma nueva y transformada. Me gusta mucho aquello que decía Benedicto XVI: “En Dios hay un lugar para nosotros... para todo nuestro ser, sin que nada nos falte”.

LA ASUNCIÓN NO ES SOLO LA HISTORIA DE MARÍA

La Asunción no es un privilegio excepcional exclusivo de María, sino el símbolo de nuestro propio destino al morir para entrar en la vida definitiva. Por la fe, creemos que **es también tu historia y la mía**. Ella es como una señal luminosa en el horizonte que nos indica hacia dónde vamos. Por eso, el Concilio Vaticano II nos recuerda algo sumamente precioso: que María “brilla ante el Pueblo de Dios como señal de esperanza cierta y de consuelo” (LG, 68). **María ha sido glorificada, pero su glorificación no es un privilegio aislado, sino la meta a la que estamos llamados todos los que creemos en Cristo**. Lo dijo el Papa Pío XII al proclamar el dogma: “Lo esencial del mensaje es reavivar la esperanza en la propia resurrección”, que no consiste en revolotear por las nubes un alma separada, ni en reanimar un cadáver o volver a esta vida, sino en ser asumida la persona en el misterio original de la Vida.

¿Qué significa esto? Lo dijo san Pablo escribiendo a la comunidad de Corinto: que la victoria sobre la muerte consiste en que cuando morimos la muerte es absorbida por la vida divina: “Cuando lo que es corruptible se revista de la incorruptibilidad y lo que es mortal se revista de la inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra de la Escritura: La muerte ha sido vencida” (1 Co 15, 54).

Quizá alguien se pregunte: “Si está en el cielo, ¿no está lejos de nosotros?”. La respuesta es todo lo contrario: **en Dios, María está más cerca que nunca**. En la

tierra, su compañía estaba limitada por el tiempo y el espacio; ahora, unida plenamente a su Hijo, **participa de su cercanía y ternura para con cada uno de nosotros**. Nos conoce, nos escucha, y con amor materno intercede por nuestras luchas y alegrías. Por eso la invocamos como “vida, dulzura y esperanza nuestra”.

El Papa Francisco lo expresa así: “María nos lleva de la mano, nos acompaña como Madre que nos muestra el camino hacia la esperanza. En ella vemos que la victoria es el amor” (Homilía, 15 de agosto de 2019).

María, que vivió en esta tierra haciendo visible el Reino de Dios, después de la Asunción, ha sido coronada como reina del cielo y de la tierra. Evidentemente, se trata de una imagen, pero es muy significativa, y me gusta y por eso la traigo aquí.



María es recibida en el misterio de la Trinidad de manera que el Padre y el Hijo unidos la coronan con el Espíritu Santo - que puede aparecer en forma de paloma-. Ella, que es humanidad, persona de este mundo, como nosotros, queda integrada en el misterio de Dios, pero no es ella sola, sino en nombre y en lugar del conjunto de la historia humana. ¡Es grandioso todo esto!

DIOS NOS LIBRE

Dios nos libre de quien piensa que su patria está aquí, en este mundo, y se angustia por preservarla. Necios seríamos si así lo creyéramos. Dios nos libre igualmente de perder el sentido y el horizonte de la vida, y que nos construyamos “mundillos” efímeros, con pequeñas satisfacciones, engordando “egos”, que no llevan más que a la depresión o a amargar la vida de los demás.

En estos tiempos la Asunción nos afecta a nosotros, porque nos indica que vivimos con sentido y destino, que la humanidad -a pesar de las barbaridades y de los “Netanyahus” que andan sueltos- tiene un sentido y un destino, así como la historia.

En y por María contemplamos el final amable al que estamos llamados todos. Pero, no olvidemos, que ese futuro no nos aleja del compromiso presente, **sino que nos compromete con la historia** que vivimos donde se juega nuestra eternidad.

La Asunción nos recuerda que **no caminamos solos**, que nuestro destino final es la comunión eterna con Dios, y que María, Madre nuestra, ya ha llegado a la meta para animarnos a seguir. Ella nos dice, con su vida y con su presencia: **Vale la pena creer. Vale la pena amar. Vale la pena esperar.**

Que esta fiesta aliente nuestra esperanza y avive nuestro amor a la Madre. ¡Viva María asunta!

Lima, 14 de agosto 2025